

COLONOS

El nacimiento de un poblado hobbit

Dedico este libro a mis abuelos, Norberto Hinojosilla y Roberto Juncal, que fueron los primeros hobbits en colonizar nuevos territorios desde los tiempos de los hermanos Marcho y Blanco.

Este relato quiere ser una crónica de los difíciles comienzos de nuestro pueblo, Taberna, en los momentos en que asombrosos hechos marcaron el destino, según me han contado quienes los vivieron. Incluiré algunas recetas, porque forman parte de la historia como un personaje más de la misma. Sin ellas sería imposible comprender cómo dos hobbits de Bree sobrevivieron, medraron y civilizaron un territorio tan salvaje como era Río Cuervo, al noreste de Moscagua, hace 60 años.

Quiero agradecer a mis abuelos todas las hermosas historias que me han contado sobre esta época. Incluso las que eran verdad.

Blanca Hinojosilla

LIBRO 1: EL TESORO DE RÍO CUERVO

1

En los primeros años del reinado del rey Elessar nuestro padres fundadores eran conocidos como Nob y Bob, dos hobbits de Bree, empleados para todo en la famosa posada El Poney Pisador, a la vera del Camino Verde, dos hobbits cualquiera, más normales que la media.

Era una tarde fría, Nob y Bob estaban sacando la paja sucia de los establos "¿Qué más podíamos esperar de una tarde de febrero en un lugar tan húmedo como este?" pensaba Nob, lleno de barro y estiércol.

-Si tuviésemos tierras, Bob, una propiedad... entonces podríamos dejar de hacer este trabajo asqueroso bajo la lluvia. Iríamos a ver a las chicas y pasearíamos con ellas cogidos del brazo por el Camino Verde...-

Bob ya estaba algo harto. –Mira, entre los dos no tenemos más de 100 peniques de plata, nadie nos vendería ni un macetero en Bree por ese suma, aunque uniésemos tu dinero y el mío. ¿Por qué no le das un poco más a la pala? Cuando terminemos podremos ir adentro a calentarnos y secarnos.-

Nob guardó un silencio tristón, muy ensimismado en sus pensamientos. Bob, por su parte, no oía muy bien, por el enorme sombrero que llevaba hasta las orejas. Quizá por eso nadie advirtió como alguien se movía sigilosamente tras un matorral. La fina llovizna desfiguró pronto unas huellas grandes en el barro, de botas pesadas, alejándose del establo .

Los días son cortos en el invierno del norte, así que apenas tuvieron tiempo los dos excelentes hobbits de secarse y adecentarse un poco y ya estaban preparando las mesas y vajilla del salón, y sirviendo a los primeros parroquianos, que llegaban al ponerse el sol.

Nob barría un reservado cuando entraron dos hombres. Uno delgadísimo, de miembros largos y pelo lacio y cano. El otro era, por el contrario, regordete, fuerte, y tenía una enorme nariz colorada. Sus botas eran gruesas y aún tenían restos de boñiga de caballo. A este último le habían visto desde hacía un par de días por el pueblo. Nob, al principio escuchaba por casualidad. Pero cuando la charla siguió, ya no tenía excusa: se quedó espionando. Era muy fácil, porque los individuos hablaban en un tono bastante alto.

El gordito decía : -...pues así es, Maese Picks. Acabo de visitar la magnífica propiedad que he heredado de mi tío, Hert el Callado. Hace quince años que dejé este pueblo y caminé hasta más allá del pantano. Eso era antes de la Guerra, y hacía falta mucho valor para recorrer ese camino. O estar un poco loco, que era más bien el caso de mi tío.

El elegante flacucho respondió: -¿Está ese terreno, entonces, cerca de Pico del Cuervo, donde viven unos honestos enanos?

-En efecto, señor. El terreno está al pie de su montaña, en el valle de un arroyo que baja desde las nieves de la cumbre, y es parte de lo que ellos consideran su país, la zona sur de las Colinas del Viento. De hecho, los títulos de propiedad que tengo son emitidos por los enanos, única autoridad por esa zona en estos momentos.

-¿Y es muy grande, maese Honesto?

-Veinte ruedas a cada lado del río, señor, y es un río largo. Yo diría unas siete aranzadas de tierra cultivable, o unas 12 fanegas, según miden por aquí. Más que suficiente para varias familias. Sobre todo en el valle de un arroyo claro, en una tierra virgen y fértil.

-Sois sin duda afortunado, señor Hachuela. ¿Os vais a mudar allí?

-Ay, no. Tengo tierras propias muy al sur de aquí, y mi esposa no quiere saber nada de mudanzas y de alejarse de su madre y sus hermanas. Había pensado en vender, pero no conozco a nadie en Bree que quiera emigrar... Voy a ser muy sincero, señor Picks, tengo prisa por volver a mis tierras, no puedo abandonar los trabajos de siembra más tiempo. Estaría dispuesto a vender mis títulos de propiedad de Arroyo Cuervo por ¡cien miserables peniques de plata!, si alguien me los ofreciese esta noche.”

Nob escuchaba en la penumbra del reservado contiguo. Se apoyaba en la escoba de paja. Y su mirada estaba perdida en lo alto, mirando algo sobre sus propias cejas: su granja. Esta era su oportunidad.

Vosotros podéis reiros y pensar que jamás os fiaríais de alguien llamado “Honesto” que alza la voz para decir el precio por el cual está dispuesto a vender una ganga. Pero Nob no se había criado con una madre llena de buenos consejos, sino con el Señor Mantecona, que era un hombre muy ocupado. Y si alguna vez pensó en prevenir a Nob y Bob acerca de la gente que se hacía llamar “Honesto” pronto lo olvidaría ente recado y recado.

Así que Nob corrió al encuentro de Bob. Pronto vio la punta blanca del sombrero yendo y viniendo entre el humo y la gente. Llegó a él y le contó brevemente la conversación que había sorprendido.

Nob negó repetidamente con la cabeza. -¿Cómo puedes creerte todo eso? No conocemos a ese hombre de nada.

-Pero tiene DOCUMENTOS, Bob. Documentos enanos. Y aquí hay enanos que pueden leérnoslos. Y dime: ¿cómo falsificaría un hombre un documento en la lengua secreta de los enanos? Ya sabes, esa lengua secreta que no le enseñan a nadie. Ese tipo de lengua secreta.

Bob no estaba muy seguro de querer saber nada de todo el asunto, fuese el documento cierto o no. Pero Nob estaba tan excitado que no se paró a preguntarle más. Lo cogió de un brazo y lo arrastró a una mesa cercana, donde un viejo enano solitario apuraba su pinta oscura.

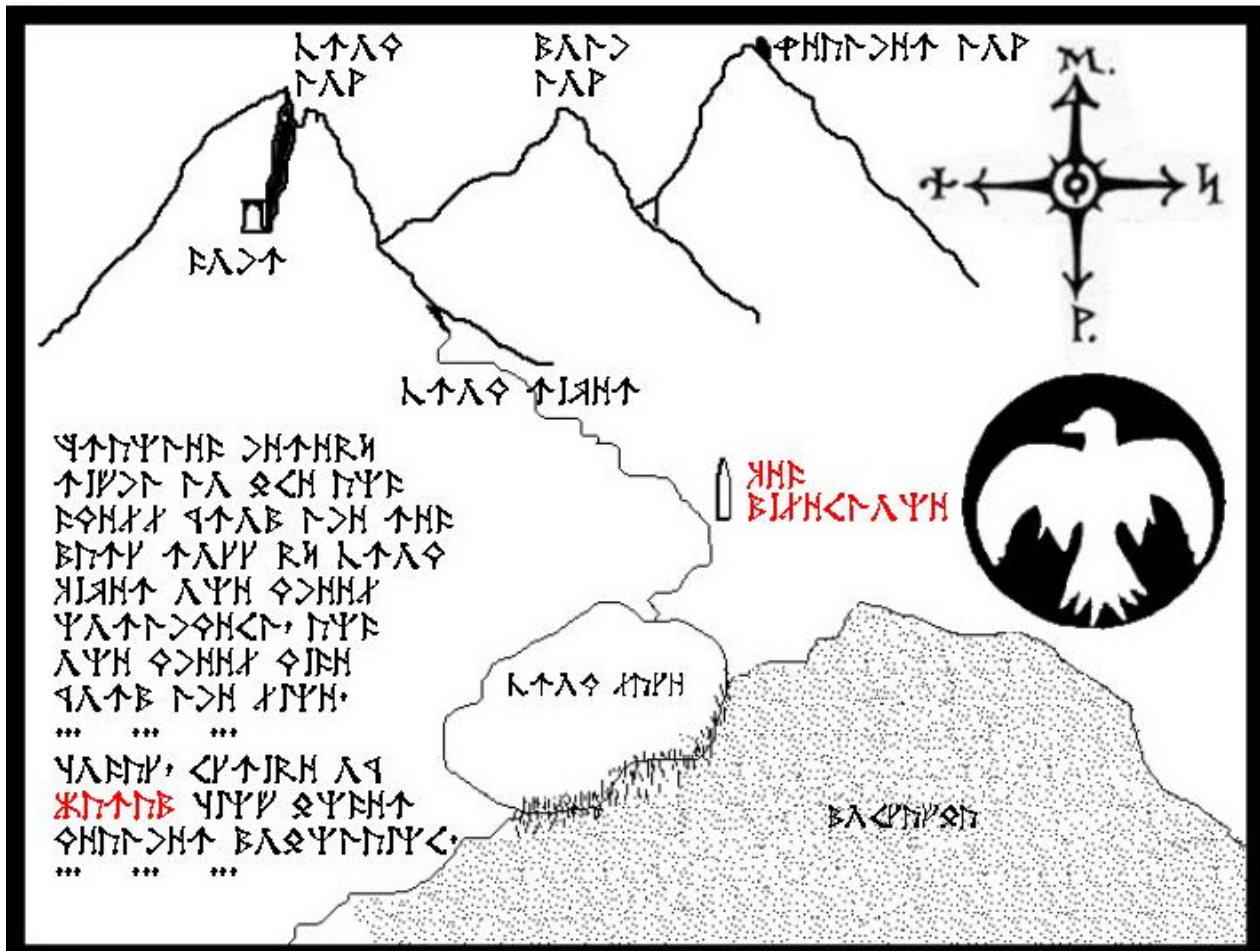
-Señor Khôm, ¿me haríais un favor? Necesito que me traduzca un documento

No costó mucho (apenas una pinta de cerveza negra) convencer al viejo para que se aviniese a acompañarles hasta el reservado.

El señor Honesto Hachuela y el señor Picks seguían allí, y no se molestaron en absoluto cuando Nob interrumpió su conversación. Tampoco parecían sorprendidos. Nob se aclaró la garganta con un carraspeo y puso un tono que él consideraba propio de Experimentado Hombre de Mundo. -Señores, no he podido evitar oír parte de su conversación y me preguntaba... uhmmm.... sí, me preguntaba si podrían permitirme examinar esos documentos de propiedad.

-Con gran placer, señor.- Repuso el gordito Hachuela. Y sacó de un bolsillo de su manto corto y ajado un pliego de pergamino.

Una vez extendido sobre la mesa del reservado el enorme pliego lleno de runas, el señor Khôm se inclinó sobre él. Unos segundos transcurrieron en silencio.-Sin duda, un documento auténtico- dijo al fin la voz agrietada del anciano enano- emitido por el Notario Mayor del Rey Bajo las Colinas del Viento, en la mina de Pico Cuervo. Reconoce el uso y explotación con derecho a herencia y traspaso del terreno lindante con todo el cauce de Arroyo Cuervo, contando desde aquí, el obelisco... – Su dedo índice señaló una marca, junto a unas runas rojas, en un recodo del arroyo. –...hacia el Noroeste. Las tres montañas son Cima de los Vientos, a la derecha, Cima Negra en el centro y a la izquierda Pico del Cuervo, donde está la puerta del reino. El arroyo nace en esas montañas y termina en un lago, y tras él está el pantano de Moscagua, marcado por esta zona sombreada”.



Bob parecía indeciso, pero Nob estaba entusiasmado. Seguían con los ojos el curso del río desde el obelisco hasta las montañas, asombrados de la inmensa cantidad de terreno que el documento parecía representar. En un valle, con agua fresca asegurada, y convenientemente alejado del pantano. Bob se contagió del entusiasmo, aun a su pesar, y cuando Nob le preguntó: -“¿Te decides o qué?”- De alguna manera se escapó entre sus labios un rebelde “sí”.

Los documentos se solventaron con mucha rapidez, ya que daba la deliciosa casualidad de que el señor Picks tenía redactados unos pergaminos a falta de las firmas. Cuando sacaba la bolsa de sus ahorros del escondite bajo las tablas de su dormitorio Bob tuvo un mal presentimiento. Pero ya era tarde.

A la mañana siguiente los hobbits acudieron a despedirse del señor Mantecona.

Les llamó locos, temerarios, desagradecidos y otras muchas cosas. Los hobbits permanecían en pie, mirándose cabizbajos los rizos del empeine. Bob tenía su sombrero en la mano y la atropellada letanía de Cebadilla seguía y seguía. Sin embargo, entre la barahúnda de palabras debía haber algo extraño, porque oyéndola se encendió el ánimo de Nob y Bob. Una brasita en el corazón, que les impulsaba a ponerse el sombrero sin pedir permiso y no tener que callarse y bajar la cabeza ante nadie.

Así el discurso de Cebadilla Mantecona tuvo el efecto contrario al esperado: el ardor de la aventura, que se había enfriado mucho durante una noche de insomnio, humeó de nuevo hasta llamear, y les puso las mejillas rojas. Hasta que Bob alzó la vista, se caló el sombrero e interrumpió al posadero:

-Señor Mantecona, nos vamos.

El Señor Mantecona era un hombre bueno y generoso, y, una vez calmado, les regaló dos poney, demasiado viejos ya para el trabajo de los campos, llamados Oreja Fina y Gordo Terronillo y muchas provisiones, incluyendo dos barrilitos de cerveza. Aun les dio algunos consejos mientras les ayudaba a empaquetar.

-Estos poney son ya viejos, pero fueron muy afortunados, en su tiempo, y también me dieron suerte a mí. Espero que a ustedes les suceda otro tanto. Sean muy cautos con los enanos de las Colinas del Viento. No están cerca del Camino Verde, ni del Camino del Este, jamás llegan a Bree y muy rara vez viajan a otro sitio, según he oído. Ningún camino lleva a su montaña, Pico Cuervo, y eso es porque son huraños, rudos y bruscos, aun para ser enanos, quiero decir, ustedes ya me entienden.

Pues Cebadilla había empezado a usar el usted con sus antiguos pinches. En cierto modo, les admiraba y envidiaba, y dejó volar un suspiro cuando les vio alejarse hacia lo que el creía una muerte segura.

Así, bien pertrechados, decididos y felices, partieron entonando la canción del Loco Bolsón:

El camino sigue y sigue desde la puerta...

Los caminos no se habían hecho menos peligrosos desde el fin de la guerra. Aunque Bree había estado bastante libre de altercados desde que reforzaron la valla y la vigilancia, los campos de los alrededores eran presa habitual de rapiña. El camino verde era sin duda la parte más peligrosa, pues conectaba Bree con las tierras del Norte, donde no había habido ni rey ni ley en muchas generaciones, y donde habitaban las peores bandas de desesperados. Se decidieron, por eso, a seguir los senderos de las granjas al este de Bree, con el bosque de Chet a su izquierda. Los jóvenes no tenían armas, salvo una honda con la que Nob solía cazar gorriones, y los cayados con que se ayudaban en el camino. De tanto en tanto, un repentino movimiento en la vereda del camino, un vuelo súbito de aves desde los brezales, les daba un vuelco al corazón. Tenían un miedo atroz, y una enorme tentación de dar media vuelta.

Caminaron hasta que al anochecer el olor les anunció que el borde del pantano estaba cerca. Nob, Bob y los poneys bordearon el pantano desde el oeste hacia el norte, buscando el agua clara del lago que aparecía en el documento de propiedad. El olor a hojas podridas y huevos hueros impregnaba el aire, las ropas y el pelo y era casi, sólo casi, capaz de quitar el apetito a dos hobbits sanos, jóvenes, y de buena familia. Los ávidos insectos de pantano les impidieron dormir con incesantes picotazos y su perenne nik-brik, nik-brik. Se colaban ente las mantas y por dentro de la ropa. Se metieron en las bolsas de comida y echaron mucha a perder. Los hobbits se revolvían estrujándolos a montones, esperando que llegase pronto un amanecer que se empeñaba en ser puntual.

"Aquí quiero yo ver a la bruja de la señora Requejo, sííí señoor" -soñaba Bob, escondiendo las orejas en el sombrero para no oír los nikebrikes. La señora Requejo era una madre muy consciente de qué tipo de chico convenía a su hijita. Bob, por ejemplo, era indiscutiblemente de la otra clase.

El sexto día el aire fresco de las montañas les alivió, y las orillas eran cada vez más firmes y delineadas. Los juncos y marjales clareaban, y comprobaron que su ruta, que seguía la curva difusa del pantano a su derecha, estaba ya mucho más inclinada al este que al norte. Ya avanzada la tarde vieron una roca con runas enanas grabadas. ¡casi habían llegado! El paso se avivó por sí solo, y hasta los viejos poneys parecieron contagiarse de la impaciencia de sus guías. No es que fuesen a arrancar un trote, pero parecían casi dispuestos a intentarlo. Subieron la falda de una pequeña loma y desde su cima redondeada vieron a sus pies un hermoso y fértil valle florido, por el que salpicaba alegre el río Cuervo, bajando desde las colinas, bañadas en la rojiza luz crepuscular.

"¡Nob, esto es precioso!" - Acertó a decir Bob, levantando el ala del sombrero y secándose el sudor de la frente con un pañuelo rojo.

El río desembocaba en una laguna excepcional, pues sólo tenía orilla al norte, cerca de ellos. Allí el agua limpia y rápida que recibía del río Cuervo le daba suficiente claridad y profundidad para merecer el nombre de laguna. A medida que uno dirigía la vista al sur por la superficie, veía como se iban confundiendo el lago y el pantano. Los juncales se hacían más y más espesos, y formaban una pared casi infranqueable que separaba pantano y agua limpia. Una pequeña choza con apariencia ruinosa situada en la desembocadura del río, era la única cosa artificial visible.

Los dos amigos llegaron a la cabaña en el delta arenoso tras la puesta del sol. Era un cubo de dos por cuatro pasos, algo bajo para un hombre, pero no para un hobbit. Tenía los maderos viejos y astillados, con las juntas entre troncos mal cubiertas por barro y paja. La lluvia y el viento tenían algún problema más en mojar el suelo de la cabaña que el de la pradera, pero nada que no pudiesen sortear con la persistencia propia del mal tiempo. Estaba medio llena de polvorientos enseres en el más absoluto desorden. Olía a humedad y abandono. En la puerta desvencijada estaban grabadas torpemente las letras **H E R T**. Junto a la choza, los restos de un huerto descuidado aún presentaban algunas cebollas, ajos y coles creciendo salvajes, entre los rastrojos y la grama. Al otro lado había un pequeño horno de adobe. Hicieron noche allí, aunque no durmieron mucho. Estaban deseando visitar sus tierras a la luz del día.

3

Salieron de la cabaña al día siguiente, con los primeros rayos de sol, y vieron a pocos metros río arriba un mojón puntiagudo con runas enanas.

“Mire, Señor Rico Granjero Bob”- señaló Nob- “ese es el linde de nuestra propiedad, el obelisco del documento” –Nob daba saltitos de alegría agitando las manos y entrecrocando los talones en el aire- “Tres leguas desde el mojón, río arriba, son nuestras ¡Es lo mejor del valle, Bob, seremos ricos!”

Corrieron hacia el mojón con sus piernas cortas y gordezuelas, Bob sujetándose el sombrero con una mano y los pantalones con la otra. ¡había adelgazado tanto atravesando los pantanos que se le caían! Y al llegar a la piedra bailaron a su alrededor. Los poneys los observaban meneando la cabeza desde la cabaña.

Repentinamente, Bob dejó de bailar, y un gesto de desconcierto barrió su sonrisa. Se pasaba la mano por la frente y entrecerraba los ojos mirando desorientado a su alrededor; ora a las colinas, ora el obelisco, ora el sol que despuntaba tras las colinas. ¿Tras las colinas?. Amanecía por el este, TRAS las colinas. Y otro pensamiento fugaz: la cabaña estaba río abajo desde el mojón. Corrió a por su mochila, la abrió apresuradamente y la revolvió buscando algo en ella. Sacó el mapa y le daba vueltas en sus manos, a la vez que giraba sobre sí mismo, encarando al sol naciente primero, y al norte después.

Nob seguía con su jiga, indiferente a todo. Cantaba mezclando trozos de canciones y cambiaba las letras sobre la marcha, así de alegre estaba. Entonces vio a Bob que lloraba sentado junto al mojón. Sus piernas se abrían en una uve en el suelo, sus brazos caían a sus lados y su mano derecha sostenía el pergamino de propiedad. La cabeza se inclinaba bajo el peso del sombrero. Sollozaba e hipaba, y las lágrimas corrían libremente por su cara. Parecía un bebé abandonado a las fieras en la campiña.

Nob susurró -¿Qué pasa Bob? ¿no estás contento? Ahí está el mojón de piedra y el valle del río que se extiende desde él nos pertenece ¿no? Dime qué te pasa, viejo, no te entiendo.

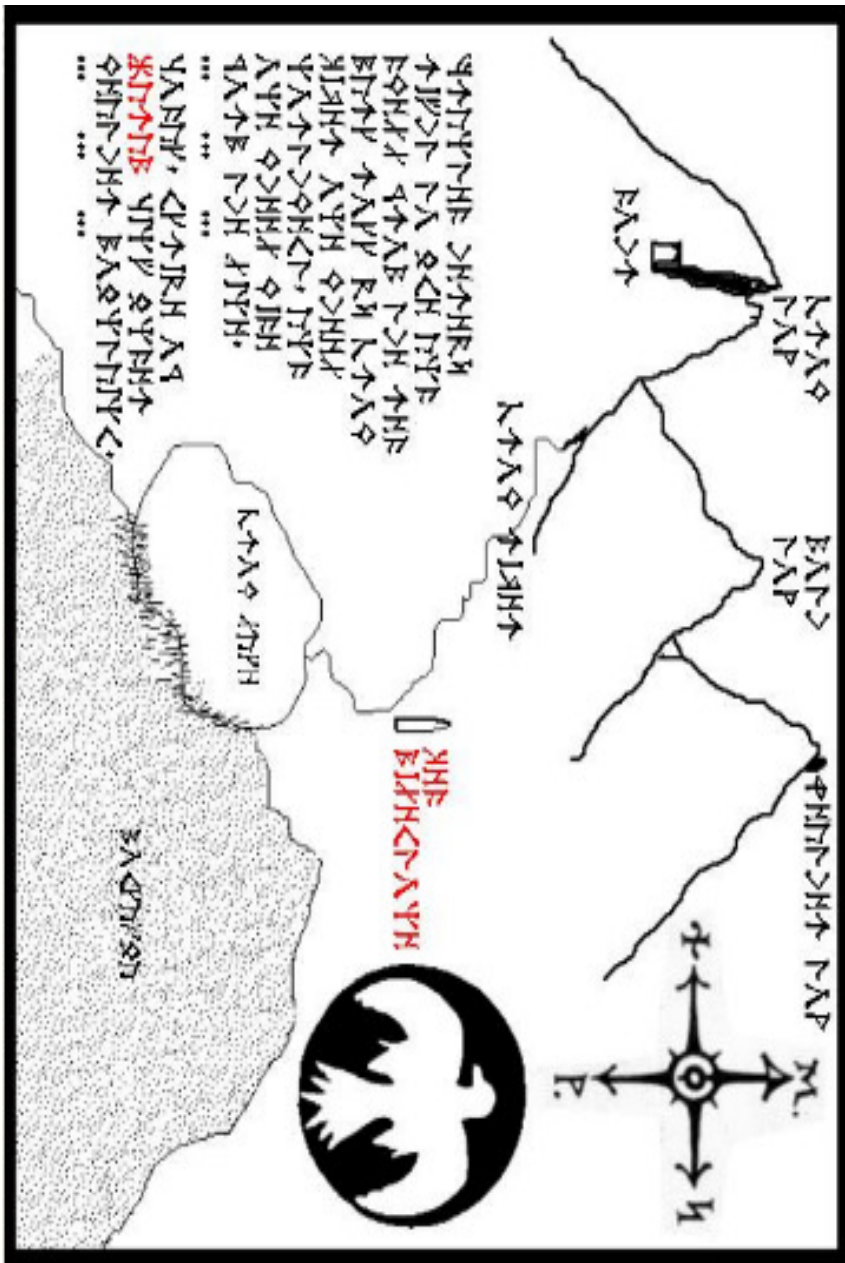
-Mira los signos de la piedra, estúpido hobbit.- Cuatro runas ocupaban sendas caras verticales del obelisco.-Son los cuatro puntos cardinales, los mismos signos que vienen en el mapa. La runa que tiene forma de banderín, en la cara que da al pantano, al oeste, ¿te das cuenta? y las montañas en la cara que da al este, ¿no lo ves?

-Bien, si viejo, lo veo, pero no comprendo por qué te aflige eso.

-Pues que este estúpido mapa está dibujado torcido, tonto, tontísimo hobbit, míralo ahora.- y se lo presentó vertical, girado como las agujas del reloj, mientras le hacía encararse al norte. Su voz era quebrada, entrecortada por el llanto, cuando le gritó:

-“Y ahora, zopenco, mira nuestra graaaaaan propiedad, al Noroeste, Nob, al NOROESTE del obelisco, a lo largo del río Cuervo. Pero río abajo, ¡no río arriba!, que pequeño detalle, ¿que es lo que hay ahí? ¡El mejor delta arenoso y el mejor pantano maloliente al este de la Comarca! ¡La envidia de Mordor!

La boca de Nob se iba abriendo silenciosa a medida que la idea penetraba, lenta y dolorosa en su cerebro. Y se cerró con un golpe seco, como la losa de una tumba al caer sobre sus sueños.



Zona concedida en el documento.

Mapa con el norte arriba. Al noroeste del obelisco, a lo largo del curso del río, como les tradujo el enano Khôm, comprende el pantano y algunas tierras de alrededor.

Mirando el mapa en la posición original, y creyendo que el norte es "arriba", los hobbits se habían supuesto dueños de todo el valle desde el obelisco hasta la montaña, cuando sólo reconoce el derecho a habitar fuera del territorio enano: desde obelisco al pantano.

Los estafadores aprovecharon la costumbre enana de orientar los mapas con el Este arriba para vender a Norberto y Roberto lo que creían que era un terreno sin valor alguno.

Había pasado un día desde su descubrimiento. No hablaban mucho del futuro: volver a casa, avergonzados, más pobres aún que antes. Demoraban la inevitable decisión por tácito acuerdo.

Nob rebuscaba entre los muebles destrozados de la cabaña cualquier cosa que les fuese útil. Encontró unas extrañas cestas, con forma de jarro, pero con agujas de caña apuntando hacia el interior en el cuello. Les dio vueltas y vueltas en las manos, mientras pensaba qué podía ser aquello. Es bueno recordar que a los hobbits, en general, no nos interesan mucho las historias de batallas, reinos y traiciones, que quedan pronto olvidadas. Pero todo lo relacionado con comida, y con la familia, puede ser hablado y hablado una y otra vez durante generaciones, incluso los detalles más pequeños. Así que Nob sabía que había algo que recordar en cuanto a esa cesta. Algo importante, sólo que no podía pescar ese recuerdo, estaba escondido, hundido demasiado profundamente en su memoria.

-Bob, déjame tu sombrero- pidió Nob –Tengo una idea que intenta escapar de mi cabeza, y quiero atraparla.

En efecto, al poco de ponerse el sombrero blanco, la idea se rindió, pues estaba, como suele decirse, entre la espada y la pared. Una vez contaron en el Poney Pisador cómo los primeros hobbits, más aficionados a botes y ríos, e incluso a aventuras, que los de hoy, comían algo llamado cangrejos de río. Una leyenda hablaba de feos bichos de muchas patas y dos pinzas. ¡ojo, que podían picar! Que nadie se extrañe si, con la leyenda, los hobbits también pasaban la receta de padres a hijos, por muy convencidos que estuviesen de que nunca iban a volver a usarla.

CANGREJOS COLOR CEREZA

INGREDIENTES PARA 4 COMENSALES

2.5kg. cangrejo de río
2 ud. cebolla
4 ud. Tomate
½ pimiento rojo
½ pimiento verde
1 guindilla picante
2 tomates secados al sol
2 hojas de laurel
1 vaso de cerveza
1 vaso de caldo de pescado
½ vaso de aceite
Pimienta negra molida
Sal
Azúcar

INGREDIENTES PARA LA PICADA

2 dientes de ajo
½ docena almendras
½ docena avellanas
Perejil
2 galletas de viaje

Poner a hervir agua hasta que llegue al punto de ebullición. Seguidamente, ir añadiendo los cangrejos, al mismo tiempo que los vais sacando conforme estén muertos. No tenerlos demasiado dentro del agua para que no suelten todo el sabor, bastará con un minuto aprox.

Ir mezclando todos los ingredientes excepto el laurel, el vino, el caldo, la picada, y el aceite y molerlos.

En una olla de barro, pondremos el aceite, en el cual una vez caliente, sofreiremos todos los ingredientes, incluida la picada, durante 15 o 20 minutos.

Seguidamente, añadiremos los cangrejos, el laurel, el vino blanco y el caldo, dejándolo todo a fuego lento hasta que reduzca la salsa. Serviremos, y se acompañará con un buen vino blanco, tipo aguja o cerveza bien fría.

Nota : Sabe mucho mejor si se hace de un día para otro. Calentarlo a fuego lento un momento antes de servir.

–“Nasa”- Pensó Nob. La última palabra por fin se había rendido y entregado, pues se sentía muy sola, ahora que todas las demás se habían sometido.

Nasa era el nombre de esta cesta. Si uno la ponía en el río, con un trozo de comida dentro, los peces y los cangrejos entrarían, pero las agujas no les dejarían salir. Tenían comida, gracias a la generosidad del señor Mantecona, pero sería divertido probar. ¿qué otra cosa había que hacer allí?

Los hobbits no acostumbran a estar tristes mucho tiempo, al menos mientras tienen comida y cerveza a mano, y tampoco gustan de estar inactivos. Se pusieron manos a la obra de tender las nasas, con maravillosos resultados. Las trampas rebosaban cangrejos. Para cocinarlos, usaron un pequeño caldero que habían traído con ellos y rebuscaron entre los paquetes del Poney Pisador hasta conseguir algo parecido a los ingredientes que creían necesitar. También recogieron algunos frutos de un avellano y un castaño, caídos al pie del árbol. Les resultó delicioso, y el barrilito cerveza, que se mantenía fresco en el agua del arroyo, fue un acompañamiento excepcional. Llevaban ya tres desayunos, abundantes hasta para hobbits con penas que olvidar, y el cesto se había llenado y vaciado muchas veces. Las cáscaras formaban una pirámide roja al pie de la hoguera. El olor delicioso se extendía por la playa y por la campiña deshabitada.

Aunque ya no estaba tan deshabitada. Nob se lo hizo notar a Bob: tres enanos, armados con grandes alabardas, avanzaban por los campos. En realidad sólo veían las alabardas en fila sobre el mar de hierba, como tres mástiles de un barco hundido, y de vez en cuando la cimera de algún yelmo. Los hobbits esperaron pacientemente a que el pequeño desfile llegase a ellos. Entretanto, pusieron un nuevo cesto de cangrejos a hervir, por si los visitantes querían aceptar un poco de hospitalidad hobbit. Por supuesto ellos también acompañarían al ágape, por no quedar mal con los invitados. Un mediano de buena familia puede hacer enormes sacrificios en nombre de la hospitalidad y los buenos modales.

Cuando emergieron del campo de matorrales, pudo verse que eran en efecto tres enanos, vestidos completamente de armadura, con esas horribles máscaras de acero que llevan ellos. En esta mina en concreto, eran especialmente espeluznantes. Tenían dos inmensos ojos saltones pintados en amarillo, con una ranura horizontal para mirar a través y acababan poco por debajo de la barbilla simulando los dientes de la mandíbula superior, afilados y retorcidos hacia fuera. La gorguera por su parte, con su borde en forma de hoja de sierra, hacía de mandíbula inferior, y era aterrador que un enano así pertrechado asintiese con la cabeza, pues parecía masticar en el aire con dientes metálicos. Cota de mallas y manojos de alambre simulaban barba y bigote. Con paso decidido y firme, se dirigían en línea recta hacia los dos hobbits, y se pararon a cinco pasos de ellos, desplegados en línea, con el arma erguida frente a ellos aferrada con ambos puños. En resumen, tal y como manda el Reglamento para esos casos.

Los hobbits se pusieron temerosamente en pie.

Los seis talones forrados de metal se detuvieron en un unísono ¡clanc!

Nob atinó a decir: –“Bu-buenos días, honorables señores”

El enano del centro vociferó, con su duro acento de la montaña, metalizado y ahuecado por el eco de la máscara:

- "No se alarmen, esto es una Visita Puramente Informal.

¡Compañía! Deeeees... ¡CANSEN!"

Con el último grito pasaron tres cosas tan acompasadas, que parecían una coreografía.

Tres brazos derechos forrados de hierro apoyaron tres alabardas en tres hombros derechos (cada uno en el suyo, el Reglamento es muy claro en este punto)

Entonces, tres brazos izquierdos, igualmente blindados, alzaron las tres máscaras hasta que descansaron sobre tres frentes al modo de viseras. Aparecieron tras ellas tres rostros ceñudos, barbudos, greñudos, torvos y cejijuntos, de dientes torcidos y cariados. Las máscaras parecían casi amistosas, en comparación.

En tercer lugar, los hobbits golpearon el polvo con sus traseros al caer entre quedos grititos: - "Aaahh"-, con ojos como platos y brazos aleteantes, muy poco varoniles en opinión de los enanos.

Una vez recuperados del susto consiguieron dominarse lo suficiente para mostrarle al capitán el famoso título de propiedad, si bien con mano temblorosa. Nob, algo más avisado que su compañero, quiso ganarse el favor de sus nuevos vecinos, y les invitó a desayunar.

El capitán Rohlf se hizo de rogar un poco, aunque no disimulaba demasiado bien. La salivación ante el olor delicioso le obligaba a chasquear la lengua con frecuencia. Finalmente los soldados se sentaron en piedras y tocones y demostraron a los dos amigos que, después de todo, los hobbits no son los únicos que saben apreciar una buena comida.

La cuarta noche en la orilla del Lago del Cuervo se presentaba animada. Antes de avanzada la tarde, ya distinguían Nob y Bob a enanos que bajaban de la montaña por el largo camino a lo largo del arroyo. Iban solos, o en grupos pequeños, pero a medida que se alcanzaban en lo recodos del camino, se agrupaban, hasta formar algo más de una docena. Después de la primera visita de la Guardia de Daram Atronante, Señor de la Mina de Pico Cuervo, la fama de la pareja había volado bajo la hambrienta colina. El almuerzo que compartieron había ido de boca en boca, si me permiten el chiste. Pues los enanos no cultivaban, y no habían comerciado mucho, así que su comida era simple y la cocinaban burdamente.

La cabaña de Hert ya no tenía aspecto abandonado. Estaba limpia y los muebles reparados, aunque con pocos medios. Los amigos miraban desde el porche

-Bien, amigo Bob, parece que tenemos invitados hoy también.

Bob no respondió. Se alegraba, en realidad, por que le asustaban los ruidos del pantano de noche, y los enanos, aunque brutos y poco sociables, eran francos, valientes y ruidosos. Además, había convencido a Nob de que se marcharían cuando les quedasen los víveres justos para la vuelta. Nob se empeñaba en esperar un milagro. Si los enanos les ayudaban a comer, en menos de una semana volverían a Bree, a pesar del éxito que tuviese Nob en la caza y la pesca.

Las nasas y redes les habían dado una generosa provisión de pescado y cangrejos, y Nob había recogido huevos de pato en el río, y había mostrado orgulloso una de estas aves, derribada de una pedrada cuando intentaba alzar el vuelo.

Para cuando llegaron los enanos, el olor de la cena deliciosa inundaba el campamento. El pequeño Bob ya empuñaba su laúd de cuatro cuerdas. Los enanos cantaban animadamente, con voces profundas, y Nob intentaba seguir la melodía de sus cantos rítmicos y graves.

Al cabo de un rato Nob consiguió grandes ovaciones y aplausos con una canción de la Comarca sobre comidas deliciosas, adaptada a los platos que podían cocinar allí.

Fue una fiesta estupenda. Las estrellas habían girado un buen trecho en el cielo cuando la barahúnda empezó a decaer. Sin embargo, al levantarse los enanos se miraron entre sí de reojo. Se susurraban unos a otros en su idioma, y dirigían miradas furtivas a los hobbits. Nob y Bob empezaban a asustarse. ¿habrían hecho o dicho algo inconveniente? Los enanos son muy suspicaces para el protocolo. Uno de ellos dio un paso al frente y se dirigió a ellos de esta manera:

RIÑONES DE CORDERO AL VINO

MEDIO KILO DE RIÑONES DE CORDERO, EN UNA SARTÉN, SE PONE UN POCO DE ACEITE, SE SOFRÍE AJO, CEBOLLA Y LOS RIÑONES,

CUANDO ESTA HECHO SE LE PONE UN POCO DE PAN RALLADO, DESPUÉS SE LE PONE UN POCO DE CALDO DE CARNE Y POR ULTIMO UN VASO DE VINO TINTO.

SE DEJA COCER 15 MINUTOS A FUEGO FUERTE,

SE TIENEN FRITAS UNAS PATATAS AL LADO, SE JUNTAN CON LOS RIÑONES Y SE SIRVEN.

-Queremos agradecerles esta velada tan maravillosa, estimados medianos. Ha sido la mejor fiesta que se haya dado en estas colinas, se lo aseguro. Pero nos da vergüenza abusar de su hospitalidad, así que, sin el más mínimo deseo de ofender, habíamos pensado en ofrecerles... ejem... un pago adecuado.

Bob se apresuró a contestar –Oh, no, son nuestros invitados, no podemos aceptar dinero.

El enano suspiró –Lo imaginaba. Entonces no podremos volver. Ah, las gachas de la mina para mañana, y para todos los mañanas. Antes no nos parecía mal, pero ahora... ¡Ay! De repente el mejor día de nuestra vida se ha convertido en el más triste.

Todo el grupo de enanos sollozaba y se secaban las lágrimas unos a otros con los gorros o con las barbas, abrazados en desconsuelo. El señor Kherl se daba cabezazos contra un sólido tronco de avellano al ritmo de: -¡Gachas! -¡Gachas! -¡Gachas!...

Nob y Bob se miraron, fueron aparte, y hablaron brevemente entre ellos. Bob se volvió hacia el grupo y dijo -Muy bien, señores, esto es lo que haremos: cada noche haremos aquí una fiesta, y podrán venir todos a tres peniques cada uno.

Los enanos respondieron con un sonoro ¡HURRA! y arrojaron los sombreros al aire. (Menos el señor Kherl, que yacía junto a un avellano astillado) Se alejaron algo vacilantes hacia su mina, cantando la canción que habían improvisado con los hobbits:

Riñones de cordero al vino

Chuletas de buey asadas

Cecina en vinagreta

Oso con alcaparras

Truchas de piñones rellenas

Perca fría ahumada

con ensalada de huevas

Ancas de rana rebozadas

¡Y siempre una gran cerveza

con cangrejos color cereza!

Esturión con mayonesa

Cebollitas avinagradas

Pato con nueces y menta

Codorniz escabechada

Patatas picantitas

Huevos de codorniz

Salsa de criadillas

con muslitos de perdiz

¡Y siempre una gran cerveza

con cangrejos color cereza!

PATO RELLENO DE CASTAÑAS

Ingredientes para 4-6 personas:

1 pato de 3 Kg. limpio y eviscerado, el hígado y las mollejas del pato, el cuello y las puntas de las alas,

1 Kg. de castañas peladas peladas,

6 cebollas

150 gr. de mantequilla

1 bulbo de hinojo,

125 gr. de nueces peladas peladas,

2 ramitas de tomillo,

1 ramita de romero,

2 vasos de caldo de ave,

1 cabeza de ajos,

1 pizca de pimienta negra recién molida,

sal.

Salpimentar la cavidad interior del pato. Rellenar con el hígado, el tomillo, el romero y la mitad de las castañas. Cerrar la abertura con hilo. Poner el pato en una bandeja procurando que quede de lado.

Cortar la cabeza de ajos por la mitad y ponerla en la bandeja.

Incorporar las mollejas, el cuello y las puntas de las alas. Untar el pato con la mitad de la mantequilla. Salpimentar el pato por fuera y poner la bandeja en el horno todavía frío. Asar el pato durante una hora, a temperatura alta. Retirar del horno, girar el pato de lado y asar otra hora más. Pelar y cortar en trozos grandes las cebollas y el hinojo.

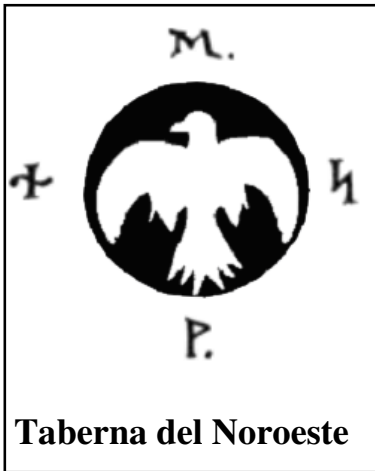
Fundir el resto de la mantequilla en una cazuela y sofreír la cebolla y el hinojo. Incorporar las castañas restantes y remover. Verter el caldo, tapar y llevar a ebullición. Cocer a fuego lento unos 40 minutos.

Retirar la tapa, reservar 1 vaso de caldo y dejar reducir el resto.

Rectificar de sal, añadir las nueces y cocer 5 minutos más. Cuando esté dorado hornear fuego medio., regar con el jugo y asar 30 minutos más.

Retirar el ave de la bandeja, tapar con papel y dejar reposar 30 minutos. Llevar a ebullición y rascar el fondo con una espátula. Pasar la salsa obtenida por el colador. Poner el pato sin el hilo en una fuente y servir con la salsa y las castañas.

Bob tomó un tablero de madera y pintó con un carbón el símbolo del cuervo que sellaba su documento de propiedad. Nob le añadió cuatro runas, para recordar siempre donde estaba el este en un mapa enano. Lo clavaron entre los dos amigos en la puerta de la cabaña. Debajo del emblema se escribieron en letra clara:



Nob estalló en carcajadas y Bob se contagió al poco. No podían dejar de reír, se sujetaban la tripa con las manos y tuvieron que sentarse, y seguían riendo hasta que las lágrimas les corrían por las mejillas.

Así el magnífico tesoro del río no fue oro ni gemas, por suerte. De ser así los enanos no nos habrían dejado vivir aquí. Sino los deliciosos cangrejos de río, que nos trajeron amistad y fortuna.

LIBRO 2: REYES DEL OESTE

1

Habían pasado tres años desde la llegada de los hobbits a Río Cuervo. De la vieja cabaña desastrada sólo quedaba el cartel con el sello del Cuervo. En su lugar había un edificio de dos plantas de adobe, con una amplia terraza techada. La primera planta albergaba una taberna con algunos reservados. En la superior estaban las habitaciones de nuestros amigos, y unas pocas habitaciones vacías para huéspedes. La caballeriza estaba al lado del edificio principal. Los alrededores también habían cambiado mucho. Destacaba un bonito huerto muy bien cuidado detrás de la casa. En un pequeño campo a la vera del lago despuntaban los primeros brotes verdes de la primera cosecha de cebada cervecera de las Colinas del Viento.

Amanecía otro día de duro trabajo para los pequeños amigos. Se acostaron tarde la víspera, cuando se fueron los últimos parroquianos, y desde antes de salir el sol ya estaban en pie. Nob estaba cuidando la huerta, mientras Bob limpiaba la taberna. Estaba muy concentrado en la limpieza de la vajilla, cuando oyó abrirse la puerta, y una figura enorme se recortó contra la claridad del exterior. Era un hombre alto y majestuoso, que tenía que agacharse para pasar el dintel, y al moverse hacía tintinear el metal de su armadura.

Bob, sin dejar de secar los vasos, se alzó el sombrero sobre una ceja y dijo: -Mucho cuidado forastero, este sitio no es lo bastante grande para los dos.

El recién llegado pareció indignarse. Se irguió cuan alto era, apoyando la diestra en el pomo de la espada y avanzó decidido.

La primera viga de roble sonó contra su yelmo metálico como una maza contra una campana, y el guerrero cayó de posaderas contra el suelo, sujetándose la dolorida cabeza con las manos. Bob salió de detrás de la barra, con cara de preocupación.

-Se lo dije, amigo. Este salón es grande para mí, pero ¡No está hecho a su medida!.- Al acercarse al desorientado soldado, Bob vio que llevaba lo que a él le parecía una estrafalaria indumentaria, una especie de larga túnica negra con un árbol bordado en blanco, y otros símbolos raros, además de un (abollado) yelmo plateado con alas.- Deje que le ayude, amigo, ¿por qué no se sienta en la terraza? El día no es frío y estará mucho más cómodo. En seguida le serviré un buen desayuno. No es malo para los golpes en la cabeza, según creo. En realidad creo que no es malo para nada.

El hombre estaba desorientado, a medias por el golpe, a medias por la verborrea de Bob, y se dejaba conducir al exterior.

La escena que observó al pie del porche, a unos veinte pasos, dejó a Bob en un estado muy parecido al del hombre que acompañaba. Un par de docenas de caballeros vestidos igual que el herido, encabezados por un hombre alto, de rostro duro, vestido de forma sobria pero elegante. Sus rasgos no parecían de joven ni viejo, pero su aire, duro y poderoso, más que el séquito armado, dejó a Bob sin habla. Junto a él montaba una dama de belleza inhumana que parecía brillar como el reflejo del Sol en

el lago. Su vestido era azul oscuro, intenso, como el horizonte de poniente al alba. Las mangas estaban bordadas de perlas blancas y rosas.

El soldado empezaba a despejarse, y caminó hacia sus compañeros. Allí el hombre que parecía llevar el mando le habló y recibió a su vez respuestas breves y concisas, pero Bob estaba demasiado lejos y hablaban demasiado bajo para saber en qué consistían unas y otras. Una vez terminado el corto diálogo, el soldado montó, y su interlocutor hizo avanzar su montura hasta el hobbit.

-Saludos, Bob. Lo último que podía esperar encontrar aquí era una taberna hobbit, y al último hobbit que podía esperar ver aquí eras tú. ¿Cómo se encuentra tu padre? ¿Y el señor Mantecona?

Bob esperaba oír muchas cosas, unas desagradables y otras menos, pero esto era sin duda lo más raro que le había pasado en la vida. Se quedó allí parpadeando, sin saber que decir. De la otra esquina de la casa surgió la voz de Nob, que siempre fue mucho más difícil de acallar: -Que me ahogue en el pantano si no es el señor Trancos en persona, y le ha ido bien, por lo que se ve. Pase, pase, le atenderemos lo mejor posible, aunque quizá el techo sea un poco bajo, y es que lo pensamos para los enanos y nosotros, si usted me entiende. Yo me encargaré de los caballos, aunque quizá podría pedir a un par de sus amigos que me ayuden a llevarlos, y Bob le preparará un desayuno maravilloso, salvo que no hay cerveza, sino hidromiel, y yo siempre he dicho que no es ni la mitad de buena que la vieja y buena cebada fermentada, pero verá, no hay de momento otra cosa por aquí, aunque si vuelve usted en un par de meses...

El jinete al que hablaban, que tenía una piedra verde engarzada en una cinta de plata en torno a la frente, alzó la mano, para detener la oleada de viento hablado que se le venía encima. -Veo que has aprendido mucho del señor Mantecona, Nob. Vamos a por ese desayuno, y también me interesa saber muchas cosas. ¡Pero no tantas como puedes contar!

Al poco tiempo la fresca brisa de primavera estaba llena de deliciosos olores. La barbacoa exterior humeaba y las mesas se sacaron a la hierba, improvisando un sabroso almuerzo campestre.

Tanto Nob como Bob habían oído contar al viejo Gandalf cómo Trancos había sido nombrado Rey, pero no lo habían creído. Sin embargo se convencieron al verlo ahí, tan majestuoso, y a la vez tan alegre, mirado amorosamente por la reina Arwen y con respeto reverencial por sus caballeros.

Trancos les contó que había ido a visitar a sus súbditos de la Comarca, y el antiguo reino del Norte. Conocía la existencia de una población de enanos, y por eso había cabalgado hasta Río Cuervo. Quería ofrecer a su rey la amistad del reino de Gondor. Estas colinas se elevaban en territorio de los viejos reinos de los hombres del mar.

Al oír todo esto Bob meneó la cabeza. -Así que queréis ver al Rey Daram Atronante... Sus súbditos por aquí cuentan cosas distintas de él según hayan bebido o no. No le aconsejo que vaya con gente armada hacia Pico del Cuervo, porque muy bien podría ordenar que os atacasen sin más. Por lo que he oído hay túneles de guerra, con salidas ocultas al camino. En un momento dado podríais estar rodeados por muchas más alabardas enanas de las que podréis manejar. Tampoco parece demasiado prudente ir sólo. - El rey sonreía oyendo al hobbit. -Bob, tienes mucho que enseñarme de cocina, pero ya me he adelantado a tus consejos de política. Solo he traído conmigo doce caballeros escogidos, y la

reina Arwen. Estoy pensando que vamos a repetir una fiesta hobbit, tal y como me la contaron unos buenos amigos...

Menú Festín Campestre

Entrantes

Cangrejos color cereza

Cebollitas en vinagreta

Perca fría ahumada con ensalada de huevas

Principales

Riñones de cordero al vino

Pato relleno de castañas

Trucha rellena

Crema de calabaza

Postres

Bollos rellenos de mermeladas variadas

Manzanas asadas al vino dulce

Tarta de merengue

Desde esa conversación, Nob y Bob tuvieron las dos semanas más ajetreadas de su vida. Organizaron el banquete para toda la corte del Rey Daram, llevaron las invitaciones, consiguieron las provisiones y bebidas, cocinaron, limpiaron y sirvieron hasta perder el aliento. Nob había conseguido comprar en Bree todo lo necesario y organizar la caravana hasta Pico del Cuervo, mientras Bob descubría sus dotes de diplomático. Para conseguirlo hizo un menú de degustación y lo llevó hasta la corte enana "para que su Majestad diera su aprobación". A lo mejor alguien piensa que ningún rey va a dejar su salón del trono por una comida, pero Nob sabía que este rey en concreto llevaba cuatrocientos años comiendo gachas y carne salada. Durante dos días el banquete fue continuo. La mayor hazaña de todas fue mantener a una corte de señores enanos siempre con cerveza en el jarro. El Rey Eleassar había insistido en que ese punto era esencial para la paz en la región.

La primera frase que dijo el rey Daram tras las reverencias de rigor entre ambos soberanos fue: -Pico del Cuervo jamás a pertenecido a dinastía alguna de los hombres, así que puedes olvidarte de que reconozca derecho alguno de Gondor sobre mi montaña, muchacho.-

Parece que el rey Eleassar no se impresionó demasiado. Ya había negociado mucho con enanos.

-La última vez que vi el arroyo del Cuervo no tuve tiempo de presentarte mis respetos. En aquel entonces luchaba contra los espectros del anillo, y al salir del pantano de Moscagua, tuve que coger el viejo sendero de los fuertes directamente hacia el Sur.

La cara del Señor Enano se nubló, pues recordaba perfectamente la ocasión, y a los jinetes negros que cruzaron el límite de su reino. Se había sembrado la semilla de un pensamiento, nuevo para él: quizá tuviera alguna ventaja tener un vecino amigo y poderoso.

No vamos a negar que parte del mérito de la paz y las relaciones cordiales deben achacarse al encanto de Aragorn y de la reina Arwen, pero todos los historiadores serios afirman que el menú de los padres fundadores fue lo que ablandó el reseco carácter de Daram Atronante.

A partir de ahí la historia es ya conocida: Se volvió a abrir el camino verde, y los enanos construyeron una senda que lo conectaba con su mina (pasando por nuestro pueblo). Por ese camino fueron llegando los hobbits de Bree y alrededores que han ido formando nuestra aldea al pie de la montaña. Las primeras en venir, fueron mis abuelas Violeta y Margarita. Aunque la invitación fue bastante brusca según me contaron ellas.

Daram, hijo de Damar, estaba muy satisfecho por el resultado de las conversaciones. No había prometido nada que no hubiera hecho de todas maneras y los señores del Oeste se hacían responsables de cuidar sus fronteras exteriores. Era raro verle sonreír. Su humor se había hecho agrio, y además era sordo de un oído y no oía bien por el otro. Así que siempre estaba hablando a grandes voces, bien por ira, bien por creer que no le oían, ya que él no se oía a sí mismo. Su voz era muy potente y grave, con fortísimo acento montañés, y por si fuese poco, su sala del trono tenía una forma ligeramente cónica, con el extremo más estrecho en el sitio del Rey, y no había tapices ni ningún otro elemento que ablandase los ecos de la ira del Rey Bajo la Montaña. A esa sala habían sido convocados los dos hobbits, que habían crecido mucho en consideración ante los ojos del rey bajo la montaña, cuando éste supo que gozaban de la amistad del rey de Gondor y Arnor y su reina. Les atribuía quizá más influencia de la que habían tenido en la buena disposición del rey Aragorn, y fue por ello que les habló con tono muy satisfecho.

-¿Cómo os podré agradecer el servicio que nos habéis prestado?

Nob se apresuró a responder: -Oh Su Majestad, no se moleste, ha sido un gran placer, nosotros... Se interrumpió porque Bob le había tocado el hombro. Su enorme sombrero se puso ante la cara de Nob. Bob, el tímido, el callado, se irguió ante el terrible Daram Atronante, se quitó el sombrero, realizó una florida reverencia, y con voz clara dijo: -Yo sí que deseo algo, que sólo el Rey Bajo la Montaña puede concederme.

Nob aguantó la respiración, asustado. Si a Bob se le ocurría pedir oro, plata o, lo peor de todo, piedras preciosas... El viejo enano se ofendería.

Sin embargo Bob consiguió sorprender incluso a su compañero, cuando en breves frases expuso su petición.

Daram escuchó atentamente la demanda, y meditó en silencio. No se le escapaban las consecuencias de acceder a la petición de Bob, y sabía que serían irreversibles. Antes de la conversación con el Rey de Gondor se hubiera negado en redondo. Ahora tenía ideas nuevas, y para sorpresa de todos, accedió.

Amanecía un día nublado sobre la granja de los Requejo, junto a Bree. La señora viuda Orquídea Requejo salía en camisión de su casa y se dirigía al establo para empezar el día obedeciendo la llamada de la naturaleza. El aire era frío, así que se apretujó el camisión bordado y se caló hasta las orejas el sombrero de dormir redondo y con vuelo de encaje. Sus ojos soñolientos estaban fuertemente cerrados, evitando el fresquillo mañanero. Al fin y al cabo no necesitaba ver, ya se conocía el breve camino que había hecho todas las mañanas desde hacía 50 años.

Minutos después abrió la puerta de la cuadra para salir, ya con los ojos bien abiertos.

Violeta Requejo estaba en ese momento en la cocina, preparando té y sacando del horno los bollitos del desayuno, rellenandolos a continuación de mantequilla derretida. Oyó la voz de su madre en un grito de terror, largo y rasgado que duró medio minuto, como si la garganta se quebrase bajo el esfuerzo.

-¡¡¡¡AAAAAAR!!!!!!

Temiendo un ataque de los bandidos, salió corriendo, con un cuchillo de cocina en las manos. Al abrir la puerta lo dejó caer, llena de terror.

Su madre estaba sentada sobre el barro del establo, afrontada a media docena de enanos, armados de alabardas y forrados de acero y cota de malla, que estaban en línea frente a su madre, con las armas enhiestas. El más grande de ellos se levantó la horrorosa máscara de acero que le cubría el rostro para mostrar una cara más aterradora que el yelmo, se cuadró y con voz potente y amenazadora dijo algo realmente inesperado:

-A sus pies, Señora.

Como no hallase más respuesta que unos ojos muy abiertos y una mueca de terror, prosiguió

-Soy Rohlf, Capitán de la Guardia del Rey Daram. Su Majestad nos envía a Ofrecer Escolta a la señorita Violeta Requejo, y el séquito que desee llevar, para reunirse con Roberto Juncal en su propiedad del Valle de Río Cuervo.

EPÍLOGO

Así empezaron a formarse familias alrededor de la posada. Nob y Bob concedían permiso para establecerse a todos los hobbits honrados que llegaban. Y cuando nació el primer bebé, consideramos que comenzó la historia de nuestro pueblo, Taberna, a la orilla de Río Cuervo

BOLLOS DE MANTEQUILLA

INGREDIENTES

Para 4 personas

PARA LOS BOLLOS

250 g. harina de trigo

1 huevo

30 g. de mantequilla

125 g. azúcar glass.

½ vaso leche templada

25 g. levadura

PARA LA MANTEQUILLA

100 g. mantequilla

100g. de azúcar

½ vasito de agua

ELABORACION

Disolver la levadura en un poco de leche. Disolver la mantequilla, en otro bol, con el resto de la leche. Mezclar la harina y, poco a poco, ir añadiendo la levadura y la mantequilla disuelta. Amasar todo bien. Dar forma a los bollos con las manos untadas en harina. Dejar fermentar en el horno a 40° durante 3/4 de hora. Pintar con huevo, espolvorear con azúcar y cocer al horno a 180° hasta que se dore. Se dejan enfriar. Una vez fríos se parten por la mitad y se rellenan con mantequilla.

PARA HACER LA MANTEQUILLA

Se pone a hervir el azúcar y el agua para hacer el almíbar. Para que quede líquido se echa 1 gota de limón. Dejar enfriar. Cuando está frío se incorpora la mantequilla batiendo con varilla.